

4. Repercusiones de la reciente crisis del PAN

Gritos, amenazas, calor sofocante, trece horas, siete votaciones. Esto fue la Asamblea del PAN del domingo pasado.

Resultado, no presentarán candidato a la presidencia de la República.

No es la primera vez que el Partido Acción Nacional se declara ausente en aspiraciones presidenciales. En las elecciones de 1940 y de 1946 sucedió lo mismo. En las de 1946 no encontró candidato a pesar de que se invitó a Luis Cabrera y a otras personalidades políticas. Apoyó a Ezequiel Padilla. En adelante, sus candidatos fueron Efraín González Luna (1952), Luis H. Álvarez (1958), José González Torres (1964) y Efraín González Morfín (1970).

El hecho en sí mismo, para el partido católico, es de escasa significación. A lo sumo provocará pequeñas escisiones, quizás del grupo que propuso a Pablo Emilio Madero, grupo que algunos asocian con empresarios de Monterrey. Sin embargo, a nivel nacional, en el proceso electoral, sus repercusiones podrán resultar de mayor magnitud.

El candidato del PRI es López Portillo, quien es, asimismo, el candidato del PPS y del PARM. Esto significa que el candidato presidencial registrado será sólo uno, el del PRI. No habrá más. Valentín Campa, propuesto por el Partido Comunista Mexicano, no tiene registro y la Ley Electoral, por esa razón, impide que sea considerado candidato, aun cuando pudieran ser cuantiosos los sufragios a su favor.

López Portillo llegará solo, sin opositores, sin contendientes. Cuando los tuvo no fue en el PRI, ni después de conocerse su nominación. Fue uno de los siete, quienes, por la misma conformación de nuestro sistema político, estaban en el partido gubernamental. ¿Querrá esto decir que por ser el único obtendrá mayor número de votos que sus antecesores? Pudiera ser. Pero no deberían abrigarse demasiadas ilusiones.

No hay candidato opositor, pero eso no quiere decir que no haya oposición; ésta ha venido siendo y probablemente será la que se ha llamado "partido del abstencionismo". Es el peligroso. En 1970 Echeverría expresó: "preferimos un voto en contra que una abstención". Mario Moya Palencia, el 8 de junio de 1973, declaró, refiriéndose al "partido abstencionista", que votar por él es votar por "un mañana sin destino" y "un tiempo sin horas", es "el único partido al que no tiene derecho a pertenecer el ciudadano". En los llamados "cuadernos negros", el expresidente del PRI señaló que el verdadero enemigo del PRI es la abstención, pues "es el enemigo de México".

En elecciones presidenciales el PAN nunca ha sido opositor importante de los candidatos del PRI, ni siquiera medianamente significativo. Su participación electoral ha dado la impresión de que, proponiendo candidatos a la presidencia, ha tratado de cubrir un expediente formal para la vida del partido blanquiazul. Siempre han sabido que su candidato no ganaría. Empero, al lanzar candidatos, no sólo para la presidencia, sino muchos otros, ha ju-

gado más el papel de canalizador de votos inconformes, que de dibujar tendencias al bipartidismo. En las pasadas elecciones federales, el PAN abandonó en su propaganda sus acartonadas tesis ideológicas, e intentó capitalizar el descontento popular contra el gobierno, al que acusó de todos los males existentes.

Para el sistema político mexicano, obviamente dominado por el PRI en el nivel de los partidos, la existencia del PAN y de los partidos comparsas, ha auspiciado la ilusión de hacer creer a los ciudadanos que hay pluripartidismo, el cual, por herencias liberales, se ha juzgado más democrático que el monopartidismo, que es el sistema real de partidos en México.

Los problemas internos del PAN —si es que de veras se gestaron en su interior— han cambiado ciertas perspectivas o, si se prefiere, ciertas tradiciones políticas que, en un momento, se pensaron favorables más que al PRI, al sistema político en su conjunto.

Si los ciudadanos inconformes con éste, con el sistema político, que deberán ser muchos dado el estado de cosas, no votan por el PAN para elegir presidente, tendrán al parecer cuatro recursos, a saber:

1. Votar por el PPS o por el PARM; es decir, por López Portillo;
2. Votar por el PRI y su candidato, que es el mismo;
3. Votar por el PCM y Valentín Campa, que será una fórmula anulada, o
4. Simplemente abstenerse.

El gran obstáculo —ya se dijo— con que se ha venido enfrentando el sistema político, ha sido el incremento de la oposición manifestada a través del abstencionismo electoral. Se llegó a pensar que era preferible que los ciudadanos votaran por los partidos existentes de la llamada oposición, incluso por el PAN, a que se abstuvieran o produjeran votos nulos. Sin embargo, la abstención y los votos nulos han aumentado, representando incrementos mayores que los de los votos por cualquiera de los partidos, incluyendo al PRI.

A continuación damos algunas cifras para ilustrar lo que se ha afirmado: El porcentaje de la votación respecto al empadronamiento en la República, de 1964 a 1973, ha venido disminuyendo. Es decir, votaron en 1964 el 67% de los empadronados. En 1973 votaron sólo el 60.5% de los empadronados. Esto significa que la abstención al voto en 1964 fue de 32.8% y que aumentó a casi el 40% en 1973. Se aclara que en los datos sobre abstención no se consideraron los votos anulados ni el número de ciudadanos que no se empadronaron. De ser considerados, puesto que también son abstención, observaríamos que ésta aumenta todavía más. Por el contrario, el PRI obtuvo en 1964 el 58.7% de votos respecto al total de empadronados, el 52.5 en 1967, el 52.3 en 1970 y el 42.1% en 1973. Es decir, ha venido disminuyendo la votación a favor del partido gubernamental. El PAN, en cambio, ha ido ganando votos, de 7.5% en 1964 a casi 9% en las elecciones federales pasadas.

La abstención, pues, fue el principal contrincante del PRI. Compárense los porcentajes en 1973: el PRI obtuvo 42.1% de votos; la abstención casi el 40%. Si los que votaron por el PAN, como reacción contra el PRI-gobierno,

se abstienen ahora, es de presumirse que el porcentaje de abstencionismo aumentará. Si por el contrario, votan por el PCM, los votos nulos, ya de considerable número, tan grande que en 1973 fue mayor que la suma de votos obtenidos por el PARM y el PPS juntos, los votos nulos, decíamos, aumentarán a porcentajes peligrosos para la apariencia de estabilidad política.

En las zonas urbanas, tanto el sistema político como el PRI, tienen mayores problemas de aceptación. En el Distrito Federal de cada 100 personas en edad de votar, se abstuvieron 38 en las elecciones pasadas, 3 porque no se empadronaron y 35 porque no votaron. El PRI estuvo a punto de *no* obtener siquiera mayoría relativa respecto a los partidos de oposición, y respecto a las elecciones de 1970 perdió uno de cada 11 de los votantes. Los partidos de oposición, contra lo que pudiera pensarse, no lograron canalizar los votos que perdió el PRI y han manifestado una situación casi estacionaria. En las últimas elecciones, incluso locales, la abstención ha canalizado la mayor parte de los votos que ha venido perdiendo el PRI.

Sin embargo, dados los recientes acontecimientos y la ausencia del candidato panista a la presidencia, cabe la posibilidad —si se hacen cuentas alegres— de que el PRI vuelva a recuperar votos, muy especialmente de entre los sectores medios de la población urbana. Ésta puede confundirse fácilmente dado el cuadro de candidatos y despolitización en que se encuentra. Si ha de triunfar López Portillo, candidato único, y el PAN, ahora menos que antes, no representa alternativa bien frente al PRI, bien hacia el bipartidismo, cabe pensar que los sectores medios, de quienes se han preocupado mucho en la CNOP, pudieran resolver votar por el PRI. Sería el gran triunfo del Partido Institucional.

Decimos gran triunfo, precisamente del PRI, porque aunque la crisis interna del PAN no tendría que haber sido auspiciada por el partido gubernamental —aunque quién sabe—, dicha crisis, por lo que ya se ha señalado, podría favorecerlo, y por extensión, al sistema político en su conjunto, siempre y cuando se lograran un mínimo de condiciones democráticas en el instituto político oficial. Nos explicamos: se ha comprobado, en últimas fechas mejor que nunca, que el PRI no tiene nada que ver con la sucesión presidencial, ni siquiera de gobernadores. La prueba de ello sería la política sexenal, que cambia según quien entra al poder, y no según un plan político a largo y medianos plazos del partido gubernamental.

Ninguna organización del PRI, ni el PRI mismo, garantizan, ni están en condiciones de garantizar la continuidad de un régimen de gobierno, sea estatal o federal. Los candidatos suelen salir de sus filas —es lo menos que podría suceder—, pero son seleccionados por instancias de poder que escapan al ámbito de decisiones de la asamblea del partido y aun de su Comité Ejecutivo.

De aquí que el PRI esté sometido a una función principal y única durante un proceso electoral: conseguir que el mayor número de ciudadanos vote y, de ser posible —aunque no sería requisito indispensable—, que vote por el PRI. Esto le serviría al PRI para volver a ganar la confianza de sus miem-

etros, que hasta votan por el PAN. Pero le será más útil al sistema político para su imagen de legitimidad, cada vez más deteriorada en la vida cotidiana. ¿Qué mejor forma de hacer popular a un candidato, en un proceso de elección antidemocrático desde sus orígenes? Un régimen de gobierno tiene más legitimidad en la medida que un mayor número de personas votan por él. Durante años se pensó que antes que legitimar a un régimen de gobierno, sería más importante legitimar al sistema político que lo contiene. De ahí que se haya auspiciado la apariencia de pluripartidismo. No importa por quien voten, lo indispensable es que lo hagan. Así se justificaba el sistema político. Pero ahora, con el decrecimiento de votos para el PRI y la gran abstención, no se piensa que estén legitimados ni el sistema político ni el régimen de gobierno por venir.

¿Por qué no recordar en estos momentos la declaración que hace meses hizo el actual presidente del PRI sobre la oposición? Dijo que no habría más consideraciones con los opositores. Y se empieza a ver.

Aunque López Portillo ganará, el sistema político no parece querer jugar el riesgo de tener un primer jefe con, digamos, el 40% de los votos posibles. Sería poco representativo, dado nuestro sistema electoral. Y no puede olvidarse que, aunque las elecciones en México tengan más características de referéndum y plebiscito, se ha supuesto que la elección es una respuesta a una política y la confianza concedida a un equipo gubernamental.

Gracias a la crisis interna del PAN, está por cumplirse la hipótesis que dice que "un partido dominante que se instala definitivamente en el poder sin tolerar la eventualidad de su sustitución, se transforma en un partido único", y si esto sucede, sabremos que en las condiciones actuales de México, la estabilidad política descansará sobre circunstancias poco democráticas.

29 de enero

Octavio Rodríguez Araujo